

## La Irrelevancia de Quienes que Asisten a la Iglesia

Por Rev. R. J. Rushdoony

Fue alrededor de 1660 que la estructura de la civilización Occidental comenzó su giro desde una base cristiana a una humanista. En Inglaterra esto significó el ascenso de Carlos II; en Francia, Luis XIV estaba por comenzar a cambiar el país; Alemania, recuperándose de la Guerra de los Treinta Años, ya no estaba determinada por la religión sino por el balance del poder. España carecía del fervor religioso de Felipe II de algunos años previos, y Rusia estaba comenzando su occidentalización en términos del humanismo.

Al comienzo, la meta de todos los cristianos había sido el gobierno piadoso en todas las áreas de la vida; en el individuo por medio de la regeneración y la santificación, en el estado por medio de la obediencia a la ley de Dios en la educación por el gobierno de todas las disciplinas en términos de las premisas cristianas, y en todas las áreas de la vida por medio de las Escrituras. Pero, como Lamont señaló, “Para 1660 estas nociones ya no eran ampliamente sostenidas... la virtud era ahora un fin en sí misma, no un medio hacia un fin” (i.e., el mundo bajo la ley de Dios), y la provincia de la religión fue reducida únicamente a la vida interior. (William M. Lamont: *Gobierno Piadoso, Política y Religión, 1603-60*, pp. 163, 166, Londres: Macmillan, 1969). El viejo sueño persistió en los Estados Unidos y fue revivido por algunos teólogos después de 1740, pero para mediados de 1800 también se había desvanecido.

La iglesia se veía a sí misma, cada vez más, en términos de un nuevo llamado. Anteriormente, había declarado los requerimientos de la palabra de Dios para todas las áreas de la vida. Le había requerido al estado que fuese específicamente cristiano, a las escuelas, que educaran en términos de la palabra de Dios; los llamamientos y vocaciones debían gobernarse por las premisas bíblicas, y todas las áreas de la vida debían estar bajo el dominio de Dios. El requerimiento de ser cristiano no se limitaba a la iglesia; era obligatorio para todo el mundo y para todos los aspectos y esferas del mismo. Después de 1660, y especialmente con el surgimiento del pietismo, el papel de la iglesia (y del cristiano) se limitó a la *piEDAD y la adoración*. Anteriormente, este interés limitado había sido la característica de los místicos y algunas (pero por ningún medio todas) personas enclaustradas, monjes y monjas. Ahora, toda la iglesia comenzó a rehacerse empujándose hacia un claustro. “Todo hombre un sacerdote” se convirtió en “todo hombre un monje.”

A medida que la iglesia iniciaba su lento retiro del mundo, los humanistas comenzaron su conquista del mismo. El estado fue el primero de todos en ser capturado, y especialmente después de la Revolución Francesa, se hizo más y más abiertamente humanista en un país tras otro. Las escuelas también fueron capturadas, convertidas en instituciones estatales y transformadas en las voces de la nueva religión establecida, el humanismo. La ley fue cambiada continuamente desde una base bíblica a una humanista y un área tras otra fueron capturadas para

la nueva religión. Esta conquista se vio coronada por la posesión de las iglesias por parte de la nueva religión. El sacerdote y el pastor comenzaron a proclamar, no la palabra de Dios, sino la palabra del hombre, no la regeneración por la gracia soberana y salvadora de Dios, sino la revolución por el supuesto poder soberano del hombre. El evangelio del nuevo orden en las iglesias no fue el Reino de Dios sino el Reino del Hombre. El nuevo peregrinaje del hombre no fue hacia Belén o el Gólgota, sino al Castillo de Drácula (ver *Reporte* 103).

Esta no fue la primera vez que el humanismo había capturado a la iglesia, ni la primera vez que la iglesia había sido irrelevante a su propósito y hostil a él. Barraclough ha escrito, de los papas del Renacimiento, que “los papas de la primera mitad del siglo quince, desde Martín V a Nicolás V, dieron paso tanto al fiscalismo en una escala antes inimaginable (por ejemplo, la creación sistemática de nuevos oficios con el único propósito de venderlos) como al nepotismo tan desvergonzado (por ejemplo, colocar a los descendientes ilegítimos del papa en el colegio de Cardenales) que se podría pensar que el Cristianismo se sublevaría en medio de tanto escándalo. Lo que es sorprendente es que no lo hizo; y el hecho que no lo hiciera es la mejor evidencia de que la gente ya había, por así decirlo, “cancelado al papado; éste ya no tenía ninguna influencia sobre las mentes de los hombres... ni siquiera la suficiente para provocar una hostilidad airada.” (Geoffrey Barraclough: *El Papado Medieval*, p. 192. Harcourt, Brace & World, 1968.) Una vez más, la iglesia no importa mucho porque ha dejado de ser relevante: su evangelio es el estado. Ha confundido el gobierno piadoso con el gobierno estatista, y su respuesta a la mayoría de los problemas es la captura y control del estado.

Mirad la maravillosa sabiduría que han mostrado quienes asisten a la iglesia en años recientes: ahora que el barco del estado se está hundiendo, ¿están subiendo a bordo! El evangelio del estatismo está creando una crisis mundial para la civilización, y las iglesias han encontrado que es la esperanza del hombre, no su problema. Aparentemente, con la creencia de que un hombre que está ahogando necesita más agua, quienes asisten a la iglesia le están dando al mundo que el mismo humanismo ha enfermado aún más humanismo.

Pero la irrelevancia de quienes asisten a la iglesia no significa la irrelevancia de Dios, quien es el único fundamento de toda relevancia. Todas las cosas tienen su ser y su significado en Su acto creativo, y ninguna reconstrucción, progreso o esperanza es factible o posible aparte de Él.

La crisis de nuestro tiempo es un hecho esperanzador y alentador: significa enfáticamente que el mundo se halla bajo la ley de Dios, que lo que el hombre siembre eso también segará. Ciertamente, significa ocasiones de crisis y juicio, ¿pero de qué otra manera se limpia la historia de los escombros del pecado y la necedad del hombre? Lo que se mira por televisión es pálido e inerte cuando se le compara con el entusiasmo y el desarrollo del mundo alrededor nuestro. La historia es la obra de Dios, y tiene un buen comienzo y un buen final.

(Tomado de *Las Raíces de la Reconstrucción*, p. 881; Reporte Calcedonia No. 105, Mayo, 1974).

El **Rev. R. J. Rushdoony** (1916 – 2001) fue el fundador del ministerio *Calcedonia* y un destacado teólogo, experto en las relaciones iglesia/estado y autor de numerosas obras sobre la aplicación de la Ley Bíblica en la sociedad.